

NOTAS PARA EL ESTUDIO DE LA IGLESIA CATALANA:
LA ACTITUD DE LA JERARQUÍA BARCELONESA
ANTE LA REVOLUCIÓN FRANCESA (1790-1795)

Las conclusiones a que han llegado los esfuerzos desplegados en fecha reciente por varios estudiosos de las repercusiones en el suelo español de los primeros acontecimientos de la revolución francesa parecen mostrarse sólidas y bien documentadas¹. En particular, las expuestas en la excelente síntesis de Herr resistirán, tal vez, el paso del tiempo². No obstante, resta todavía por investigar, con profundidad y extensión, el impacto del desencadenamiento del ciclo revolucionario del país galo en las diversas regiones de la Península. Con la excepción del libro ya citado de Herr — sólo parcial a este respecto —, los estudios sobre el tema se basan casi con exclusividad en la documentación aportada por las fuentes oficiales y en la toma de conciencia ante el hecho revolucionario de algunas élites de la nación. De ahí el gran interés que posee, aun sin perder de vista la escasa o nula densidad cultural y política del pueblo español en aquel momento, el análisis pormenorizado, provincial y local, de la cuestión. Es así indudable, por ejemplo, que los estratos

¹ Cf. en particular C. CORONA BARATECH, *Las ideas políticas en el reinado de Carlos IV* (Madrid, 1954), pp. 18 y ss., y de manera especial, 24-32; Id., *Revolución y Reacción en el reinado de Carlos IV* (Madrid, 1957), pp. 234 y ss.; M. ARTOLA GALLEG0, *La difusión de la ideología revolucionaria en los orígenes del liberalismo español*, «Arbor» 31 (1955) 476-90; R. HERR, *España y la revolución del siglo XVIII* (Madrid, 1964), pp. 200 y ss. El artículo de C. Alcázar Molina, *España en 1792. Floridablanca. Su derrumbamiento del Gobierno y sus procesos*. «Revista Estudios Políticos», 71 (1953), 93-138, no hace, sorprendentemente, apenas alusión a la propagación de la ideología revolucionaria en la última etapa ministerial de Moñino.

² El libro del profesor norteamericano Herr se resiente, sin embargo, como otras obras extranjeras sobre el setecientos hispánico, de no haber incluido en su aparato documental trabajos de indudable interés aparecidos en nuestro país con anterioridad a la publicación de su estudio, como lo patentiza, por ejemplo, el hecho de no citarse ni en la edición inglesa (1958) ni en las castellanas, las obras ya señaladas de un especialista del reinado de Carlos IV, Corona Baratech.

detectados por una cala investigadora en lugares como Asturias y Murcia, o Extremadura y País Vasco, aunque dentro, insistimos, de una tonalidad uniforme, ofrecerán matices y diferencias cuya importancia no puede conjeturarse. Pese a ello, tal vez no sea del todo aventurado lanzar la hipótesis (y ésta, obviamente, en estado de magma) de que la señalada diversidad vendrá dada en parte por la diferencia numérica de los contingentes inmigratorios franceses, en particular eclesiásticos, exiliados en la geografía hispánica. Aspecto éste, sin duda, de sobresaliente trascendencia para el conocimiento de facetas esenciales del reinado de Carlos IV, cuya investigación está todavía por emprender con la amplitud exigida por el tema ³.

* * *

Si recordamos que en el antiguo régimen se reclutaban entre el estamento sacerdotal los principales creadores de la opinión pública popular, se muestra claro el interés que para su estudio ofrece la actitud del *ordo clericalis* frente al fenómeno revolucionario. Sin embargo, las dos obras de conjunto de la bibliografía nacional en torno a la postura adoptada por Cataluña hacia los sucesos de ultrapuertos, las de Miguel de los Santos Oliver y Ángel Ossorio Gallardo ⁴, son muy parcas, en especial la segunda, en noticias o co-

³ Con relación a las vicisitudes de la inmigración eclesiástica francesa en la Península puede afirmarse, como es bien sabido, que reina una ignorancia casi absoluta en la historiografía nacional (también, sorprendentemente, en la gala). Las breves conferencias pronunciadas a comienzos de siglo en el Ateneo madrileño por el estudioso francés y el folleto del P. Getino, *La emigración de los eclesiásticos franceses en España durante la gran Revolución* (tirada aparte de la revista «Ciencia Tomista» (1938), no constituyen más que apresuradas panorámicas sobre una cuestión muy rica en matices y particularidades. Por su parte, la reciente y voluminosa *Biografía histórica de Francisco Armanyá Font* (Villanueva y Geltrú, 1967), de F. Tort Mitjans, aporta valiosa información acerca de la actitud del famoso prelado agustino hacia el clero exiliado en su archidiócesis, aunque el análisis de su postura no se enmarca en la temática general del asunto. Una vez más en nuestra historiografía eclesiástica contemporánea, las penetrantes aunque desgraciadamente muy reducidas páginas consagradas por el P. Echalar a la materia en sus notas a la *Historia de la Iglesia*, de Mourret, son de indispensable consulta para un tema cuyo estudio a escala nacional debería ser acometido con presteza. Algunos de los «enigmas» que jalonan la trayectoria de la Iglesia hispánica en la crisis del antiguo régimen podrán así, sin duda, ser desvelados. Fuente de primordial importancia para la realización de dicha empresa sería la documentación del cardenal Lorenzana existente en Toledo, espiada, y espigada mal, por el P. Getino.

⁴ *Los españoles en la revolución francesa, recogida en sus Obras Completas*, Barcelona, 1948, Madrid, 1914, 117 y ss.; *Historia del pensamiento político catalán*

mentarios acerca de la posición específica del mundo eclesiástico del Principado, debido en buena parte a adolecer ambos estudios del inveterado defecto de la historiografía hispánica, de mostrarse más proclive a la síntesis que al previo e indispensable análisis monográfico. Ello obliga ineludiblemente a extremar la cautela ante gran número de sus conclusiones ante unos hechos cuyo motor más importante, según la opinión del propio M. de los Santos Oliver, aparece desdibujado o en penumbra ⁵.

* * *

La sugestiva tesis del prof. Reglá, según la cual el influjo europeo en la conciencia nacional sólo produce efectos beneficiosos tras su asimilación y trasvase por el ámbito pirenaico, filtrándose, en caso contrario, por las arenas de la anarquía o del radicalismo, se halla parcialmente confirmada con el ejemplo ofrecido por el impacto revolucionario francés a fines del setecientos en los territorios catalanes ⁶. De manera opuesta a los situados o limítrofes con el extremo occidental de la cadena pirenaica, las huellas de los primeros jalones del movimiento francés fueron — en sus inicios, repitámoslo — muy escasas y superficiales; sobre todo, si se repara en los factores que habían acumulado en el suelo catalán un considerable potencial explosivo. Hasta el presente, la investigación no ha aclarado tal fenómeno, que, sin quebranto grave de la exactitud, puede calificarse de enigma. Al incidir en uno y otro ámbito pirenaico elementos en gran medida semejantes — inmigración del clero y nobleza galos, desarrollo material y social, permeabilidad a las corrientes foráneas, etc. — la diversidad de sus reacciones ante

durante la guerra de España con la República francesa (1793-1795) (Madrid, 1931). Las dos obras son, en realidad, casi coetáneas, pues la de Ossorio aunque aparecida en la fecha indicada, fue concluida en 1913. Extrañaría un tanto si no se reparase en la escasa densidad de la historiografía sobre el más reciente pasado nacional su detención en vísperas de la primera guerra mundial acerca de un tema de evidente trascendencia para la comprensión de los orígenes de la contemporaneidad española; especialmente si se recuerda que ambos trabajos distan de ser «definitivos» y de haber agotado la materia. Idéntica sorpresa produce la carencia de solventes monografías sobre el análisis de la psicología colectiva del pueblo vasco ante la revolución francesa.

⁵ *Obres Completes*, pp. 636 y ss.

⁶ Expuesta en su «presentación» a la obra de M. Van Durme, *El Cardenal Granvela (1517-1586). Imperio y Revolución bajo Carlos V y Felipe II* (Barcelona, 1957), pp. xiii-xiv, lamentamos que no haya sido desarrollada posteriormente con mayor latitud.

la honda revolucionaria tal vez deba buscarse en una diferenciación de grado de los factores señalados, o, hipótesis a la que nos inclinamos, en la actitud de sus respectivas minorías intelectuales.

Sin pretender agotar una causística muy compleja, acaso no sea en exceso arriesgado sospechar que en la gradación del ingrediente religioso en ambas situaciones radique una de las motivaciones fundamentales del contraste ofrecido por dichos territorios. La independencia del clero secular vasco, sobre el que se hacía sentir muy débilmente la autoridad de la lejana sede calagurritana, junto con sus persistentes relaciones el sacerdocio de allende las fronteras, dibujaba una situación en parte diferente a la configurada por la realidad eclesiástica de Cataluña. Muy vigilado por un episcopado numeroso y oriundo, a veces, de otras regiones, el fermento ilustrado discurrió en el estamento sacerdotal de esta última por cauces en general estrictamente académicos, sin ninguna o escasa vinculación a candentes cuestiones más o menos afines con los problemas políticos, que la vivencia, de las nuevas corrientes o su detenida reflexión obligaban inexorablemente a plantear. Los posos nunca desaparecidos por completo de las pasadas contiendas civiles debieron contribuir en poderosa medida al encuadramiento exclusivamente culturalista de los afanes del clero ilustrado catalán, en contraste con el vasco. El cercano ejemplo de los recelos suscitados en algunos medios gobernantes por algunas de las actividades del gran obispo Climent constituía, además, una señal de aviso para posibles imitadores. En el terreno espiritual, la característica apuntada — producto en no pequeña medida, insistimos, de una coacción histórica que no gravitaba en el ámbito vasco — se reveló enormemente fructífera para la Iglesia catalana de fines del setecientos y de toda la centuria posterior, ya que en sus filas se reclutaría el plantel, de mayor importancia por su número, de las figuras más relevantes del sacerdocio hispánico; frente al cual el vasco reviste un tono menor, sin que ello suponga olvidar o preterir la existencia de grandes personalidades, como el P. Areso.

* * *

El reducido volumen del impacto revolucionario en la Cataluña de los comienzos del reinado de Carlos IV, que ha sugerido las

líneas precedentes, se infiere fundamentalmente para su autor de la inexistencia de cualquier nota específica o particular de cierta trascendencia en la legislación represiva de su propaganda en relación al Principado. Por grande que fuera el empeño de las autoridades en amortiguar, cara a la opinión, la amplitud de las repercusiones del proselitismo ejercido por los agentes y partidarios de la revolución en la Península, si sus dimensiones en el solar catalán hubieran rebasado las de otras regiones, el Poder se habría visto constreñido a reforzar las medidas reaccionarias sobre unos territorios neurálgicos por su posición geográfica y tradiciones⁷. El catálogo de las condenas formuladas por las autoridades eclesiásticas — prelados e Inquisición — incluye los mismos títulos de libros y folletos que en el resto del país. «La France Libre», «Des Droits et Devoirs de l'homme», «Catecismo francés para la gente del campo», etc.⁸.

Idéntico igualmente es el invariable silencio de la publicística controlada por las autoridades — prensa, memorias de organismos, etc. —, respecto a la marcha de la revolución. Sólo muy espaciadamente algún edicto represivo de la difusión de sus noticias en tierras españolas patentiza la irrefrenable irradiación de las ideas y la ineffectividad de todo sistema policíaco no terrorista.

Precedido de la aparición de algunas noticias periodísticas una vez conocida la ejecución de Luis XVI, repentinamente en abril de 1793 se rompe en Barcelona el persistente silencio oficial con la publicación de una pastoral del obispo D. Gabino Valladares y Messía. La necesidad de contar con el apoyo militar de las masas en una operación en que su concurso se muestra indispensable, dadas las nuevas concepciones estratégicas, hace caer la mordaza de la censura gubernativa. En todo el país y de manera particular en la periferia cántabro-pirenaica, los prelados no escatiman nin-

⁷ Aislamiento analizado, uno de los textos reproducidos por Artola en su mencionado artículo podría inducir a dar mayor relieve al proselitismo revolucionario en el Principado durante la última etapa ministerial de Floridablanca, si su autor no magnificase claramente las dimensiones de aquél, no traducido en ningún acto o escrito de especial relevancia. Sin duda, como observara agudamente Ortega, los intelectuales tienden incoerciblemente a desmesurar su importancia en el protagonismo histórico de la época en que viven. El texto exhumado por Artola en la p. 488 de su trabajo.

⁸ Archivo Diocesano de Barcelona. *Registros Comunes*, t. 115, fs. 273-75, 469-71.

gún medio para evidenciar su incondicional apoyo a la Corona en lucha desde fines de marzo con los enemigos del «Altar y del Trono», slogan destinado a una prolongada existencia en la propaganda de las esferas gobernantes durante la crisis del antiguo régimen. Dentro de la publicística antirevolucionaria debida a autores eclesiásticos, la única novedad que presenta el escrito del obispo barcelonés es la de figurar entre sus primeros títulos. Simplificando al máximo el cuadro de la causística y motivaciones del fenómeno revolucionario, más por taras educativas e intelectuales que por deficiencias de información, su repulsa viene alimentada de idéntico simplismo; en parte, tal vez, condicionado por el alcance propagandístico que se aspira a darle y para el cual son necesarias las fórmulas efectistas e impresionistas. De inspiración luciferina, la revolución funda su victoria sobre la ruina del catolicismo, el más poderoso aglutinante del orden social y del poder que lo garantiza. Sólo la alianza entre ambos podrá formar el dique contensivo de la marea destructora. Todo buen español en su doble condición de fiel y súbdito deberá sentirse obligado por un imperativo, al par moral e histórico, a secundar las consignas de sus dirigentes, únicas capaces de mantener indemne el legado de los antepasados, asediado por la riada revolucionaria. Una apocalíptica y querulante adjetivación matiza por lo general un escrito más pródigo en epítetos que en ideas⁹.

⁹ Quizás el párrafo que sintetiza más exactamente el pensamiento de su autor sea el siguiente: «Es bastante manifiesto que todas las escenas terribles y lamentables, acaecidas en Francia, son un efecto natural de los nuevos principios, que han creído poder establecer, subversivos de todo orden social, nuevos en la historia del mundo, contradictorios a la experiencia de los siglos, repugnantes a la moralidad, enemigos de la Religión, dirigidos finalmente a hacer desgraciado al género humano, privando a los Gobiernos de la energía necesaria para mantener el bien público, y a cada individuo de cuanto aprecia en la sociedad civil. Por esto se han atraído justamente la indignación de todos...» Archivo diocesano de Barcelona, *Registros Comunes*, 116, f. 261. El co-tejo del texto citado con otro entresacado de la pastoral publicada por Armanyá en 11 de mayo del mismo año, impulsado de idéntico motivo, arrojará, sin duda, un valioso testimonio para el estudio de la mentalidad de la jerarquía de la época... «con el vano pretexto de colocar el árbol o el ídolo de la libertad — escribirá el metropolitano tarraconense —, rompen todos los vínculos de la subordinación, desprecian los derechos más legítimos, abrogan las costumbres más justas, destruyen sacrilegamente todo lo que instituyó la piedad cristiana y apenas dejan vestigio de su antigua religión, en la cual parece que con especial furor se ceba su encono, publicando descaradamente que pelean contra el fanatismo y tiranía, cuando hacen sentir ellos mismos los tristes efectos de su fanatismo y tiranía contra todo lo que no se conforme con sus máximas.» Apud. F. TORT MITJANS, *Biografía histórica de...*, p. 406.

El eco hallado en Barcelona por la exhortación del obispo es prácticamente imposible de calibrar por la casi total ausencia de memorias y diarios y otros escritos de carácter privado que aporten datos al respecto. (El célebre diario de Rafael Amat y Cortada no es tampoco, en líneas generales, una excepción). Destinada primordialmente a los estratos populares y mesocráticos en que habrían de reclutarse los contingentes bélicos más cuantiosos, el efectismo y rotundidad de ciertos de sus párrafos quizá conmovieran algunas de las fibras de la conciencia de aquéllos, muy sensibilizada todavía al acicate religioso. Pues, pese a lo expuesto recientemente por Moreu-Rey en un valioso estudio — un tanto apodíctico y desmesurado en algunas de sus afirmaciones¹⁰ — nos inclinamos a suscribir en este punto la tesis tradicional del acendrado catolicismo (plagado, por supuesto, de lastres, producto a un tiempo de la educación y del peso histórico de las masas españolas setecentistas en general, y de las catalanas en particular¹¹. Por consiguiente cabe presumir que, depositado en un terreno abonado, el escrito de Valladares encontrara una amplia audiencia entre sus diocesanos, muchos de los cuales pronto se aprestarían a refrenar con su actuación sus convicciones y creencias¹².

Poco después de insertarse en el «Diario de Barcelona» la exhortación episcopal, aparecerá en sus mismas páginas el primer y más importante eco de los suscitados por el citado documento. El 16 de abril se publicará la «Carta de un Catalán zeloso con mo-

¹⁰ E. MOREU-REY, *Revolució a Barcelona el 1789* (Barcelona, 1967), p. 99.

¹¹ Tal es, por ejemplo, por citar únicamente un caso cimero, la conclusión a que llega uno de los maestros de la historiografía de la España moderna, A. Domínguez Ortiz en *La sociedad española del siglo XVIII* (Madrid, 1955), gran parte de cuyo material fue utilizado poco más tarde en su colaboración sobre el mismo tema en la *Historia social y económica de España y América*, dirigida por Vicens Vives. Barcelona, IV, vol. I.

¹² Una noticia proporcionada por J. Carrera Pujal nos descubre cómo a partir de la primera semana de abril, abierta la espita que impedía las manifestaciones de la opinión pública, bien que oligárquica, las iglesias y conventos de la ciudad condal se vieron llenos de fieles que acudían a escuchar los sermones y exhortaciones con que el *ordo clericalis* reforzaba el escrito del prelado y secundaba su iniciativa. *La Barcelona del segle XVIII*, I, 1951, 93. Ello implicaría quizá la irradiación del pensamiento del obispo a las masas populares, que podrían así, a través de las prédicas expresadas en catalán, comprender y sintonizar con un ideario que por estar explicitado en castellano, no entendían en gran parte. Creemos, no obstante, que en tal extremo radica uno de los temas esenciales de las investigaciones que se propongan conocer la religiosidad catalana del momento y, especialmente, las relaciones jerarquía-fieles.

tivos de las Rogativas», debida con casi toda probabilidad por su lenguaje e inspiración a un eclesiástico, circunstancia que puede hacer concebir alguna duda acerca de su espontaneidad. Al igual que la exhortación del prelado, la línea argumental de dicho escrito se nutre de un catolicismo de cruzada, en el que las motivaciones religiosas se mezclan indiscriminadamente con las políticas y pletórico de optimismo y confianza en la seguridad del triunfo final: «Escucha. Israel — expresará en uno de sus párrafos — no temas a los enemigos, pues el Señor peleará por ti . . . para defender la Fe en nuestro Principado y restablecerla en el Reyno vecino».

* * *

A comienzos de la primavera de 1794, las jornadas triunfantes de Bellegards, Trullás, Colliure . . . han pasado. Las tropas que Ricardos condujera a la victoria se batían en retirada. El ardor disminuye y aumentan las deserciones, en tanto que las relaciones entre pueblo y unidades profesionales se hacen cada día más tensas¹⁸. Tanto eclesiásticos como militares, los cuadros gobernantes se afanan por taponar las brechas abiertas en los campos de batalla y en el ánimo de la población mediante repetidas invocaciones y exhortaciones, destinadas a devolverle su fe en la victoria y a excitar su moral combativa.

Carente la sede barcelonesa de prelado a causa de la muerte, a fines de 1793, del obispo Valladares y Messía, y no designado

¹⁸ Tema muy controvertido, el de un anuncio de grado de la resistencia del pueblo catalán ante los ejércitos franceses convertidos ya a partir del año de la apertura de las hostilidades en ofensores, es objeto de discrepancias, incluso radicales, entre los estudiosos. Ossorio y Gallardo no duda en afirmar que «Los catalanes derrocharon su valor el segundo año más que el primero, porque habiendo pasado de perseguidores a perseguidos, tuvieron que aplicar sus energías, tanto a la defensa del hogar como a la lid en campo abierto, y su abnegación lució no sólo en las batallas, sino también en la indefensión oficial de las aldeas». *Historia del pensamiento . . .*, p. 109. Por su parte, un escritor de nuestros días, Moreu-Rey, sostendrá que el enfrentamiento entre el pueblo y las tropas regulares alcanzó en el transcurso de 1794 una acentuada extremosidad, intentada amortiguar por la propaganda oficial, con las consiguientes repercusiones en el esfuerzo militar antifrancés, que se vio así muy resquebrajado. Vid. *Revolució a Barcelona . . .*, p. 72. Sin tomar partido en la cuestión, quizá de los escritos de las autoridades eclesiásticas barcelonesas durante la guerra pueda inferirse, sin ningún bastardamiento de los textos, consecuencias en parte semejantes a la opinión del autor antecitado.

aún sucesor, serán los vicarios generales los que acometan la tarea de secundar la actividad de otros prelados catalanes y de las restantes autoridades¹⁴ redactando el pertinente documento pastoral al efecto. Muy por el contrario a la exhortación de abril del año anterior, dicho escrito posee un eje doctrinal bien articulado, mientras que su grandilocuente y altisonante estilo no carece, empero, de cierto vigor y elocuencia. Al mismo tiempo, algunos de sus párrafos no sólo ilustran sobre la toma de posición de sus autores ante el fenómeno revolucionario, sino que también lo hace acerca de ciertos temas que gozarán de gran actualidad durante los decenios posteriores, como la tipología de los caracteres nacionales o el análisis de las motivaciones de la crisis francesa. Nacida ésta en la causística únicamente analizada por los autores del escrito mencionado, del engreimiento de la inteligencia, vertido a través de una copiosa literatura unida por el denominador común de la irreligiosidad, la Providencia ha deseado mostrar una vez más los límites del entendimiento humano con el caos en el que se ha hundido la nación vecina.

Al pretender sus principales adalides borrar de la creación las hules del pecado original, éstas han recobrado nueva vigencia, escarmentando a los aprendices de brujo que aspiraban a mover el mundo con el único impulso de ideas abstractas no decantadas por la experiencia.

Profanados los templos, robados sus vasos, perseguidos los sacerdotes, bañados en su misma sangre los reyes, oprimidos los inocentes, nada más ha producido su decantado árbol de libertad que hace más penosas las calamidades y miserias que heredamos del fruto del primer árbol, devastando con la fatal guillotina la especie de sus hermanos, entretanto que con fiera inaudita se enfurecía contra los difuntos. ¡Funesta libertad!, que atropellando las leyes de la Sociedad civil, permite al hombre la de ofender y engañar, que es lo primero que renuncia al nacer! ¡Funesta libertad, que manantial fecundo de rebeldías y sediciones, transforma los hombres en facciosos y sanguinarios! Pero semejantes polvos era consiguiente que se levantasen del corrompido lodo de tantos libros propagadores de la anarquía, de la impiedad y de la sublevación. ¿Y quién no considera en todo esto un castigo pal-

¹⁴ Vid. por ejemplo, en F. TORT, *Biografía Histórica de...*, los esfuerzos desplegados por el prelado tarraconense en pro de la creación del «somatén», reclamada y urgida por el general en jefe del ejército de Cataluña, conde de la Unión, a principios de mayo.

pable de Dios, cuyo poder resiste siempre a los soberbios? En faltando la firma base de la Religión dan luego al través por estos escollos de monstruosas novedades los más sublimes talentos. El orgullo despobló al cielo de un sinnúmero de Ángeles. y el mismo despuebla de día en día la Francia, confundiendo Dios los entendimientos de sus Convencionalismos, como confundió un tiempo las lenguas de los jactanciosos artífices de la Torre de Babel¹⁵.

La hora del desquite contra las invectivas antiespañolas, y en especial contra algunas de sus instituciones religiosas, como la Inquisición, de numerosos escritores franceses, desde Montesquieu a Masson de Morvilliers, parecía llegada para los autores de la pastoral, que no ocultaban su desprecio ante la superficialidad e inconsecuencia del carácter galo, en oposición al hispánico, situado en las antípodas. Así los vicarios barceloneses tallaban algunas de las armas más empleadas cuando, tras el ocaso del cosmopolitismo dieciochesco, los aires románticos trajesen consigo las polémicas nacionalistas. De la gran admirada, Francia pasaría a ser, en el cruce de uno a otro siglo, la gran repudiada por el pensamiento español conservador:

Nadie jamás—exclamarán los autores del escrito glosado—hubiera pensado que una Nación panegirista de la humanidad en cuanto decía y escribía, y que llegaba al exceso de calificar de inhumanos los tribunales establecidos para baluartes de la Religión, no comprobase con obras aquello mismo de que se mostraba tan zelosa. Pero como el oropel de la seducción ha sido de algún tiempo a esta parte su distintivo y carácter, contradictoria a sí misma como el taymado Trifón, en lo mismo que blasonaba, ha dado al mundo pruebas tales de inhumanidad e impiedad, que no se leen iguales en las historias. De un Reyno, que fue por largos años el asilo de la Religión, y que se gloriaba de primogénito de la Iglesia, han salido, como del centro de Israel en tiempo del Rey Antíoco, hijos tan iníquos y perversos, que rompiendo los vínculos más sagrados y aboliendo los pactos y leyes más autorizadas, lo han convertido en un teatro de impiedad y bárbaro furor. Baxo los especiosos nombres de «Libertad» y de «Igualdad», han privado de los derechos más legítimos de propiedad a sus paisanos...¹⁶.

La estrecha vinculación de la pastoral comentada a las urgencias derivadas del dramatismo de la coyuntura bélica condicionaba,

¹⁵ Archivo Diocesano de Barcelona, *Registros comunes*, 116, f. 448.

¹⁶ *Ibidem*.

como es lógico, casi de forma absoluta su finalidad e, incluso, su inspiración y estilo. Acuciados por reactivar el ardor bélico y el esfuerzo material de los fieles, los vicarios trazaban un cuadro dantesco de los territorios ocupados por las tropas revolucionarias, guiadas, aparte de su convencimiento íntimo, de un elemental recurso propagandístico. En consonancia también con el clima de elevada temperatura religiosa del momento, exacerbado en algunos casos por los ataques de ciertos destacamentos franceses a edificios y personas eclesiásticas, los autores del documento resaltaban la importancia del favor divino para llevar a buen término la lucha antirrevolucionaria, sólo alcanzable con el sacrificio y la oración.

El peligro urge. Vemos todos los días nuevas familias fugitivas de sus patrias a causa de las invasiones de los franceses, Iglesias profanadas, imágenes sagradas destrozadas, pueblos saqueados. Mientras, pues, tantos infelices penetran con sus ayes los cielos, ¿habrá quienes se diviertan y solazen como si nada tuviésemos que temer? ... Os suplicamos, por tanto, que sensibles a tantos males os estrechéis con Dios para que abrazando su escudo nos ampare y proteja. Y, si Dios por nosotros, ¿quién contra nosotros? ...¹⁷.

Mayor interés, por moverse un tanto tangencial a la línea caracterizadora de la literatura eclesiástica de tipo pastoral, presentan las vehementes exhortaciones al clero y clases acaudaladas para que no regateen sus esfuerzos en la defensa de la comunidad, conscientes los vicarios de que su doble condición de poseedores de mayores medios económicos y de inspiradores de la opinión pública les obligaban imperiosamente a ello, conduciéndole cualquier otra actitud a su propio suicidio¹⁸.

¹⁷ Ibidem.

¹⁸ «La causa es común a todos, y por eso a todos sin excepción los (feligreses) de esta Diócesis suplicamos encarecidamente en el Señor expliquen su generosidad y zelo en contribuir según sus haberes y facultades, para el feliz logro de una empresa que es de la mayor importancia. El contagio se dilata, es preciso atajarlo. Las miras principales de nuestros enemigos son contra los ricos y poderosos. Quanto más distinguidos en el Pueblo, tanto es mayor vuestra obligación en procurar que se mantengan ilesos los derechos de humanidad, y de religión ... Las pruebas de valor en que se señalaron vuestros mayores, y las que habéis dado de vuestra generosidad en los principios de esta guerra, nos hacen confiar, que mirando como propia la presente causa añadiréis nuevas pruebas a las primeras, Barcelona, como ciudad que recoge en su seno los principales caudales del Principado, debe por eso mismo esmerarse más en erigirle robustos muros de defensa. ¿Y qué ocasión más oportuna que ésta para manifestarnos padres de quantos nos sostienen con sus sudores y vigiliass? ¿Qué ca-

* * *

Al promediarse el mes de febrero de 1795, ante unos reveses militares que amenazaban con socavar gravemente las bases mismas del trono, el pánico y el desconcierto invaden las altas esferas palatinas. El horizonte se ensombrece y sólo en el inicio de unas negociaciones con la república regicida se vislumbra alguna esperanza para un régimen, cuyas reservas de toda índole se hallan en trance de consumirse en breve plazo de tiempo.

Es éste el momento en que D. Eustaquio de Azara y Perera, obispo de Barcelona desde fines del año anterior, publica su primera carta pastoral, mediatizada, como es obvio, por la necesidad de frenar el clima derrotista que se extiende incontenible por el Principado. Pese a tal condicionamiento, el nuevo prelado se afanará en concordar el tenor de su escrito con el genuino carácter del magisterio episcopal, subrayando, dentro de la línea tradicional de global rechazo de la revolución, aquellos aspectos más afines con la misión de paz y elevación sobrenatural propia de la Iglesia¹⁹. Inmerso aún en la atmósfera de «guerra divinal», Azara y Perera ve en el desfaseamiento entre el esfuerzo material y el religioso de sus diocesanos la causa última y de mayor importancia de los desastres que inundan Cataluña:

ridad más heroica, qué mayor servicio podéis hacer a vosotros mismos y al público, que cooperar a la manutención de quantos exponen sus vidas para conservación de las vuestras? ...» *Ibidem*, f. 451.

¹⁹ En la salutación con que se inicia la pastoral, Azara y Perera tras elogiar la presencia de ánimo y el valor de sus diocesanos ante los avatares bélicos, manifiesta su intención de permanecer junto a ellos hasta el fin: «...nos tendríamos por indignos del honor de ocupar esta Silla si no nos reconociésemos capaces, con el auxilio divino, de precederos en el ejemplo, arrojando todos los peligros, y derramando, cuando menester sea, hasta la última gota de sangre para la conservación del depósito de la fe, y de un pueblo tan amable, como el que la Providencia nos ha encargado.» *Ibid.*, t., pp. 117, f. 7. Sin duda esta promesa obedecía al deseo del prelado de descartar en la mente de los fieles toda la posibilidad de abandono de su sede, como había sucedido con el obispo y cabildo gerundenses, huidos de la ciudad ante el temor de caer en poder del enemigo, hecho que tantas repulsas y críticas suscitara en todos los ambientes. Casi idéntica a la promesa de Azara y Perera era el estado de ánimo de Armanyá un año atrás, cuando el panorama bélico comenzaba a ennegrecerse: «Si me lo permitiera mi avanzada edad, el notorio quebranto de mi salud y mi preciso destino, tendría yo la mayor satisfacción en acompañaros como verdadero pastor, exponerme con vosotros a los peligros como padre amantísimo, sacrificar mi vida por Dios y por la religión como su ministro ...» F. Tort, *Biografía Histórica de ...*, p. 413.

Bien sabéis — expone —, amados hermanos, que nuestros pecados son los que irritan las justas venganzas del cielo, y nos atraen las calamidades. Tampoco ignoráis quanto puede con el Señor la oración continua del justo. Y al paso que con tanto esmero os dedicáis a guardar la Ciudad y gastáis generosamente vuestros tesoros para la defensa común, ¿habéis igualmente procurado purificar vuestras conciencias y aplacar la justa indignación del Señor? ¿Habéis cercenado el luxo, habéis moderado vuestras pasiones, habéis corregido vuestros vicios, habéis finalmente redimido vuestros pecados con ayunos, con oraciones, con limosnas, principalmente con un verdadero arrepentimiento? ¡Ah!, que nos tememos que faltará mucho para semejante reforma. Preparaos, pues... a tan santa obra, la más oportuna para conseguir el feliz éxito de vuestras empresas, y lograr la completa victoria de nuestros enemigos²⁰.

Frente al tono muy general y casi abstracto de los párrafos del escrito precedente, el de la exhortación al clero de la diócesis reviste un tenor muy distinto. La crítica situación del momento se presenta crudamente y se trazan unas directrices muy concretas de actuación, que reflejan la identificación entre la Iglesia y la Corona, unidas frente al enemigo común. En consonancia con el espíritu que anima a la exhortación, su lenguaje adquiere la acerbidad e inmatización de la retórica antirevolucionaria y de todo escrito de guerra:

Quando—confesará a su clero—en los primeros instantes de nuestro arribo a esta capital en vista de la caótica situación del Principado íbamos a tomar la pluma en desahogo de nuestro anhelo y cumplimiento del cargo pastoral, para exhortaros a promover con el más activo zelo los recursos más efectivos y propios a desviar los riesgos que nos amenazan, ha llegado a nuestra noticia que se encuentran en esta Provincia seductores, que van sembrando entre estos fieles vasallos las detestables máximas de nuestros vecinos y enemigos, destructivas de la Religión, de la humanidad, fidelidad y verdadera felicidad de los pueblos. Era imposible figurarse que en un pueblo tan católico y bien morigerado se escondiesen tan horribles monstruos; pero no puede dudarse el hecho: y considerando como a nuestro primero y más sacrosanto deber, el de velar como atalaya sobre la casa de Israel... , os encargamos, y en quanto menester fuere estrictamente os mandamos, que apliquéis toda vuestra vigilancia y cuidado en descubrir esas fieras, que rodean hambrientas vuestra grey para devorarla, y descubiertas las ahuyentéis. Preparado también el antídoto a vuestros feligreses, inculcándoles

²⁰ Archivo diocesano de Barcelona, *Registros Comunes*, 117, f. 7.

y evidenciándoles la falsedad de aquellas turbulentas máximas, haciéndoles palpar con una infinidad de experiencias domésticas, y de ejemplares que os ofrecen los papeles públicos, que aquella decantada libertad con que saborean a los incautos es quimérica, es una verdadera tiranía, que no dexa a seguro libertad, hacienda y aun la misma vida. ¿Y qué objeto más propio de vuestro ministerio que el de animar y enardecer a los fieles a la defensa de los sacrosantos altares, y con los carnales, a quienes esto no bastase, la de sus hogares, familias, hacienda y de su misma vida? . . . ²¹.

El ruego final con que termina la pastoral del prelado barcelonés pone en guardia ante la aceptación sin reservas de la versión generalizada por casi toda la historiografía de la absoluta entrega del clero catalán a la lucha antirrevolucionaria. Quizá en el plano económico, ésta no fuera total o sus recursos, muy cuantiosos, estuvieran aún, en la fecha de publicarse aquélla, insuficientemente explotados por las necesidades de la situación:

Y en quanto a vosotros, H. H. — se preguntaba Azara y Perera —, ¿no sería vergonzoso que empleando generosamente los seglares sus bienes para la defensa de la Religión, escaseaseis vosotros los que ella os franquea para su apoyo y alivio de los pobres? No, no creo que se os tache de semejante absurdo; antes bien confío de vuestro zelo que cooperaréis sobradamente a nuestras intenciones, y que todos tendremos la plausible satisfacción de gustar los dulces frutos de una victoria completa de nuestros enemigos, como debemos esperar si la procuramos y pedimos debidamente al Dios de los Ejércitos . . . ²².

* * *

Los Registros Comunes (al menos los que nos han sido permitido consultar) no contienen, por extraño que pueda parecer, ninguna información sobre la actitud adoptada por la jerarquía y clero barceloneses ante el término de la contienda. Las numerosas procesiones, rogativas y rosarios públicos, etc., con que durante el conflicto se pretendiera propiciar la voluntad divina hacia las fuerzas españolas, no se celebraron, a juzgar por dicha fuente, en los meses que siguieron al fin de las hostilidades ²³. Como es lógico — dadas,

²¹ Ibidem, f. 14.

²² Ibidem, f. 15.

²³ En realidad todos los documentos pastorales arriba transcritos concluyen con actos del mismo tipo. Especial solemnidad revistieron las rogativas públicas de julio de 1794. Cf. *Registros Comunes*, t. 116, ff. 585-88.

sobre todo, las costumbres de la época —, pese a su silencio, puede asegurarse que alguno de estos actos tuvieron lugar una vez que el templo de Jano volvió a cerrarse. Sin embargo, es igualmente presumible su escaso realce y limitado eco en la ciudad condal. Las raíces del sorprendente hecho son difíciles de precisar sin una firme base documental. Quizá las numerosas heridas dejadas por la guerra no se encontraban restañadas o tal vez los barceloneses pagasen tributo en esta ocasión a la insensibilidad histórica que tantas veces ha hecho acto de presencia en la historia española.

JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO

